REVISTA ESPAÑOLA DE LINGÜÍSTICA

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LINGÜÍSTICA

EDITORIAL GREDOS

4. Quedaron palabras inanimadas (aunque algunas podían neutralizarse) sin *-m* ni *-s* (ni forma especial del Voc.). El hecho de esta falta de diferenciación no puede por menos de ponerse en relación con el hecho de la menor frecuencia del caso Nom. en los inanimados.

5. Estas palabras que a partir de un momento fueron usadas cada vez con mayor frecuencia en Nom., fueron sin duda el modelo para que las formas de los Ac. temáticos inanimados en *-om* se usaran también como Nom.

Estos son datos obtenidos a partir del método histórico-comparativo y del de reconstrucción interna, sin contar con el tipológico.

Con esto termino. En absoluto dudo del interés de los estudios tipológicos dentro de un planteamiento realista de lo que es una lengua: yo mismo he escrito cosas en este sentido. Hay en todas elementos —formales y de contenido— que las rebasan y se reencuentran aquí o allá en forma más o menos aproximada. Hay combinaciones ilimitadas entre ellos, aunque también algunas implicaciones (posibles, no necesarias). Pero una tipología basada en la inducción de grandes y simples sistemas abstractos con una clara y obligatoria red de implicaciones es irreal. Las lenguas son mucho más ricas. No se les puede sobreimponer esquemas obtenidos por generalizaciones puramente especulativas. Menos aún se los puede proyectar a su pasado y reconstruir la evolución a partir de ahí.

Primero en Copenhague, luego en América ha surgido un nuevo estilo de Lingüística que nos recuerda demasiadas posiciones medievales o del Broncense o Port Royal o Condorcet. Un universalismo abstracto fundado por teóricos bastante alejados de la realidad de las lenguas (digo «las»). No dudo de que estas teorías han aguzado nuestra visión para reconocer determinados hechos y para perfeccionar nuestras descripciones. Pero cuando los que estudiamos las lenguas concretas, sincrónica y diacrónicamente o ambas cosas a la vez, nos sentimos tentados por ellas, nos extravían por vericuetos en que los hechos son violentados para adaptarse a ellas. Viejos fantasmas que creíamos enterrados —ortodoxias y heterodoxias, perfecciones originales luego corrompidas, etc.—, resucitan. Incluso cuando, con certero instinto, rechazamos las conclusiones que de ahí se obtienen, quedamos presos en métodos que estábamos combatiendo. Quizá sean las corrientes que unifican al mundo moderno las que crean esa ilusión de un universalismo abstracto. Aprovechando lo que tiene de útil, debemos defendernos de él. Ya pasará.

FRANCISCO R. ADRADOS

TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN Y ANÁLISIS TRANSACCIONAL

Con la aparente facilidad de lo evidente, pero no por ello menos informulado, Bloomfield hizo notar que «en el estudio del lenguaje el paso más difícil

de dar es el primero». Tal puede ser la razón de que, con desplazadas intenciones, ciertas investigaciones se inicien por un apéndice del lenguaje o por una de sus manifestaciones adjetivas, procedimiento que no obstante sí sería legítimo en manos del escritor para desarrollar su urdimbre narrativa. Naturalmente, el «primer paso» puede significar realidades distintas. Una podría ser la relativa a la metodología; la otra, la fundamentación teórica de la lingüística con aquellos principios que son más generales y explicativos. Si de la metodología cabe afirmar que es una cuestión previa, resulta más apropiado aceptar como primera la labor de comprensión global del fenómeno verbal.

Uno de lo eslabones iniciales de esta labor teórica está en el uso del lenguaje en su dimensión comunicativa, que no muchos lingüistas han tratado con provecho. Saussure estableció el esquema del circuito del habla. Bloomfield se aplicó al acto de habla con el beneficio de la delimitación del ámbito científico y la contrariedad de la abrumadora complejidad del sentido de toda forma lingüística —dada la casuística de las situaciones y reacciones de los hablantes y la posibilidad de sentidos primario y desplazado—. Y mientras el problema del significado seguía su camino resolutorio, el afán estructuralista produjo otros frutos teóricos que se aproximaban a la delimitación de la situación y reacción comunicativas, con la virtualidad de la inmanencia: Jakobson formuló el esquema descriptivo del hecho comunicativo verbal mediante el doble plano de los seis elementos y las funciones correspondientes; la esencia de estas distinciones ya había sido expuesta anteriormente por Bühler en la tríada del «YO», «TÚ», «ELLO», que incluye a los participantes y aquello de lo que se hable, junto con las funciones de lo emotivo, lo conativo y la referencia.

1. *Análisis Transaccional*

La descripción e interpretación del lenguaje —en su amplitud— parece sustraerse, por el momento, a un solo sistema teórico. Por ello la prevención ante la naturaleza diversa de ciertas aportaciones necesariamente debe matizarse, para que no sea causa de empobrecimiento.

En el campo de la psicología clásica el canadiense Eric Berne crea a principios de los años sesenta el análisis transaccional (AT), terapia de características singulares con un sistemático fundamento teórico [1]. En alguno de sus aspectos tiene relevancia para la teoría de la comunicación en aquello que enfatizaba Bloomfield, el estudio de la conducta. Y ello a su gusto: de manera objetiva, antidefinicionista y antiesencialista.

El Análisis Transaccional contempla mismamente la descomposición de la conducta (análisis), que es el resultado de la acción o interacción con los demás (transaccional). Para nuestro objetivo, su excelencia radica en su carácter verificable, descriptivo y explicativo, predictivo e integrador. Detengámonos en el

---

[1] Eric Berne (1964), *Los juegos en que participamos*, México, Diana, 1966, y *Qué dice Vd. después de decir «hola»*, Barcelona, Grijalbo, 1974. Roberto Kertesz y otros, *Introducción al AT.*, Buenos Aires, Paidós, 1973.

último punto. El Análisis Transaccional es propiamente un lenguaje, un sistema terminológico de gran especificidad, aplicable a diferentes campos y disciplinas. A la potencial aplicabilidad trascendente se añade el ornato de su sencillez, pues los términos han sido extraídos del lenguaje común, aunque su significación ha sufrido una reformulación, en aras de la univocidad.

El Análisis Transaccional se organiza en torno a diez instrumentos, que son, a la vez, categorías explicativas y medios operativos para la modificación de la conducta. De entre ellos, nos interesa el segundo referido a las Transacciones, y, para la comprensión conceptual, el primero o Análisis estructural y funcional. Simplificando, el primero estudia al sujeto y el segundo se aplica a la relación entre los interlocutores; así pues, ámbito individual y ámbito social.

El sujeto no es algo monolítico, un conjunto que actúe indiferenciadamente. Su comportamiento verbal (y no verbal) demuestra que el «yo» está estructurado en tres estados, que se desarrollan en el tiempo excluyéndose. Éstos son el de «Padre» (P), «Adulto» (A) y «Niño» (N). Imaginemos una situación en que una persona pregunta a otra ante una bandeja de golosinas qué bombón es de licor. El interpelado puede responder variadamente pero, en resumen, las posibilidades son tres: 1) «¿Aún no sabes distinguir cuál es de licor? Aprende». 2) «Ese del envoltorio rojo». 3) «A ver, adivina». En la primera, contesta airadamente, con indicación de lo que se debe hacer; es la actitud del estado Padre, propio de conductas aprendidas, carente de crítica, con un fuerte componente autoritario y tradicional. En la segunda respuesta emerge el estado Adulto, que provee de información analizada; es lógico, emotivamente neutro y pragmático. Y, finalmente, en la tercera, el estado Niño, lúdico, creativo y espontáneo.

El lenguaje no es el único factor diferenciador, ya que puede resultar equívoco, aunque no ciertas formas. Así, ineludiblemente, los enunciados del Adulto son constatativos, es decir, referenciales, de los cuales siempre se predica su verdad o su falsedad. Los otros estados del Yo no pronuncian con enunciados performativos; con ellos el habla se convierte en una función o acto, pues los juicios carecen de sentido, no son ni verdaderos ni falsos [2]. La diferencia se halla en que el estado Padre propicia el uso de formas verbales condicionales e imperativas, y el estado Niño es proclive al uso de interjecciones y exclamaciones.

En los tres estados del Yo del análisis estructural parece detectarse una situación de deuda con el «Super ego», «Ego» y «Ello» psicoanalíticos, mas los psiquiatras y psicólogos transaccionales afirman su independencia teórica. Por otra parte, este punto es indiferente. Mayor interés tienen las relaciones analógicas de los estados del Yo. Se ha apreciado una completa analogía con el semáforo y sus colores: El rojo, que significa una orden, la de «alto», es equiparable al estado Padre; el ámbar, por la alerta que implica y la invitación a pensar, se corresponde con el estado Adulto; y el verde, con su indicación de «vía, libre», equivale al estado Niño, que propone «haz lo que quieras hacer».

---

[2] J. L. Austin, *Palabras y acciones*, Buenos Aires, Paidós, 1971.

También se ha establecido una analogía con los tres estados o clases de *La República* de Platón, pues los filósofos estipulan lo que se debe hacer (P), los guerreros ejercen el control y ejecutan (A) y a los artesanos corresponden los sentimientos y el afecto (N). Y, finalmente, la comparación con la Trinidad, formada por el Padre (P), el hijo (A) que actúa y enseña, y el Espíritu Santo (N), comunicador de intuición, afecto y don de lenguas.

El análisis estructural del AT. se completa con la distinción en cada estado del Yo de los tres estados del Yo. Es decir, el estado del Padre está constituido por un Padre, Adulto y Niño. Tal descripción estructural permite acceder al análisis funcional, que descubre que, según las personas, los diferentes estados del Yo no actúan indiferenciadamente.

2. *Análisis Transaccional y Teoría de la Comunicación*

Hasta ahora el acto comunicativo ha sido contemplado por Saussure, Bloomfield, Jakobson, Austin (con la teoría de los performativos) y otros, como el intercambio verbal entre dos personal, emisor y receptor, dos polos entre los cuales discurre un flujo de información y de influencia mutua. El Análisis Transaccional distingue en cada acto comunicativo, que es una realidad compleja, tres.

En un sentido espontáneamente bloomfieldiano, pues la transacción es definida como la suma de un estímulo y una respuesta entre dos personas, se diferencian tres clases de transacciones, ya sean complementarias, cruzadas o ulteriores. El diálogo es un conjunto de transacciones, y de su adecuación depende la fortuna o infortunio de la comunicación.

Al dar inicio a un acto comunicativo, el hablante actúa desde un estado del Yo y se dirige a un determinado estado del Yo del oyente. De manera no premeditada, el hablante emite en una «frecuencia» del Yo y espera que el interlocutor responda de una manera específica. Que esto ocurra no resulta difícil, ya que se aportan ciertas pautas inequívocas, verbales y no verbales. Si así ocurre, tan sólo interviene un estado del Yo por persona, indiferentemente de que sea el mismo en cada una de ellas. Ello significa que la respuesta vuelve al estado del Yo que emitió el estímulo. Estas transacciones, que discurren en un flujo paralelo, son denominadas complementarias. Con ellas la comunicación continúa indefinidamente hasta cumplir su objeto. Las combinaciones son varias, pero valgan dos escuetos ejemplos: Estímulo. — «¿Qué hora es?» Respuesta. — «Las seis». Se demanda información horaria, y ésta es proporcionada; los sujetos actúan desde el estado Adulto. El otro ejemplo: Estímulo. — «Pepe, enséñame tu redacción». Respuesta. — «Aquí la tiene». El emisor (profesor) habla desde el estado Padre y el receptor contesta en el estado Niño.

Las transacciones complementarias se distinguen de las otras por la posibilidad de prolongación de la comunicación hasta que se perfeccione el acto comunicativo. Se extrae de esta primera regla de comunicación del AT que no existe el fenómeno del ruido. En la terminología de Jakobson, ruido es cual-

quier elemento perturbador de la comunicación, que causa pérdida de información y de contacto. El ruido que podría aparecer en el supuesto que estudiamos es el psicológico, es decir, la no adecuación del estado del Yo receptor al estímulo verbal. En las transacciones complementarias el contacto es perfecto; se da cumplimiento cabal de la función fática, y para tal fin se acude al recurso de la redundancia conductual, en las palabras, el tono de voz, la expresión facial, los gestos, la postura corporal y la actitud, además de otros elementos semióticos más específicos.

Formalmente, la función fática es la de mayor relevancia en las transacciones complementarias; pero, precisamente, asegura la realización de las demás, que predominan según las situaciones. Sustancialmente, si interviene el estado Adulto, el acto comunicativo atiende a la función referencial; si aparece el estado Padre, cabe que ocurra una compulsión, que nos remite a la función conativa; y finalmente, la intervención del estado Niño actualiza la función emotiva.

No todo resulta armónico. Bien porque el receptor no acepte actuar desde el estado del Yo que se le asigna, bien porque no acepte el estado del Yo desde el que se le dirige el emisor, o las dos cosas a la vez, o bien porque no haya comprendido lo que de él se espera, ocurre que las respuestas no son las pretendidas. Veamos el siguiente ejemplo: (E) «Por favor, ¿cómo he de rellenar el impreso?» (R) «No moleste. ¿No ve que estoy muy ocupado?» En el supuesto, el emisor, desde el estado Adulto, apela al estado Adulto del receptor. Éste, disconforme, responde como Padre y se dirige tajante al estado Niño del primero.

Cuando la respuesta regresa a un estado diferente del que fue emitido el estímulo, se trata de una transacción cruzada. No hay un flujo paralelo de intercambio verbal, sino que se interseccíona, se corta. Por definición, intervienen más de dos estados del Yo. Y se provoca la interrupción de la comunicación, salvo que tome otro cariz.

La figura de las transacciones cruzadas manifiesta que, a pesar de que el aspecto físico del canal merezca el calificativo de idóneo (es decir, que la señal llega perfectamente), el contacto puede ser imperfecto, hasta el punto de frustrar el acto comunicativo. La razón no es otra que la falta de contacto psíquico, la presencia de ruido. Esto en lo que se refiere a la función fática, que apenas posibilita conatos de las otras funciones.

Los dos tipos de transacciones contemplados atienden al criterio del origen de la respuesta (del cual proviene su denominación), complementarias o paralelas y cruzadas; también se diferencian por la simplicidad de las primeras (sólo afectan a dos estados del Yo en total), frente a la complejidad de las segundas (tres o cuatro estados). Pero les une cierto punto común: en cada estímulo o respuesta tan sólo se emite un «mensaje». Sin embargo, es posible emitir dos «mensajes» simultáneos. Tal es la característica de las transacciones ulteriores.

El término «mensaje» utilizado en AT no coincide con el propio del esquema de Jakobson, pues se refiere al sentido. De manera estricta, un mensaje es un enunciado; si éste sugiere un sentido aparente y, a la vez, otro oculto, configura una transacción ulterior. La matización que se impone es que resultaría injustificado hablar de dos mensajes si el hablante se dirigiera, con doble intención, a un solo estado del Yo del interlocutor. Pero, en realidad, envía siempre un mensaje aparente o social a un estado y un mensaje oculto o psicológico a otro estado del mismo oyente. Es como si se dirigiera a dos personas diferentes.

Escuchamos un anuncio que dice: «Proteja a los suyos. Déles lo mejor». O este otro: «El coche *Z* es deportivo, desenfadado, potente». La publicidad se dirige superficialmente al Adulto, pero realmente está apelando al estado Padre (el afán de protección, la responsabilidad de la autoridad), en el primer caso, o al estado Niño (los deseos de libertad, juventud, virilidad...), en el segundo. Las transacciones ulteriores implican manipulación, que puede llevarse a efecto si el receptor no se apercibe del juego y responde desde el estado convocado: se siente protector y ordenador y compra el producto sin considerar la verdadera calidad, o bien adquiere el coche con el señuelo de la aventura imaginaria. Si, por el contrario, el receptor da una respuesta directa al nivel social del estímulo, queda descalificada la parte oculta del mensaje y desbaratada la posibilidad de manipulación.

No todo es manipulación. También puede iniciar un juego psicológico, como cuando él dice «ven a conocer las pinturas de mi apartamento» y ella responde «me gusta mucho la pintura». En realidad están conviniendo en un mensaje subyacente, el del nivel psicológico, que puede ser el de «vamos a tener intimidad».

En las transacciones ulteriores se hace recaer el acento de interés en el mensaje, en la ambivalencia de un enunciado. Aparentemente significa algo que después resulta no ser lo fundamental, es más, carece de importancia como tal. En realidad, para desentrañar el juego que implica exige del oyente que dirija su atención al mensaje mismo. Esto es algo nuevo, pues no ha aparecido en las anteriores transacciones; afecta a la función poética del lenguaje.

Tal como hemos apuntado, es factible establecer ciertas correspondencias entre el esquema de Jakobson y el Análisis Transaccional. El carácter conductista de éste, junto a la alta relevancia atribuida al lenguaje como instrumento analítico, permite perfeccionar el estudio de la «Situación de Comunicación» —con la profundización en la estructuración de los participantes, según los estados del Yo— y el «Estatuto de la Comunicación» o modalizaciones —en la relación entre el hablante, el enunciado, el oyente y el mundo.

Bloomfield era clarividente cuando afirmó la esencialidad y dificultad del primer paso, propiamente metodológico y también material, en la delimitación del campo de estudio. El acierto de esta exigencia no resulta, aun así, suficiente. La lingüística tradicional se ha interesado por la lengua escrita; la lingüística estructural ha centrado su atención en la lengua hablada. En todo caso, el núcleo del estudio ha sido y es el enunciado. Esta dirección de la ciencia lin-

güística debe ser trastocado por la concepción del habla como acción, como sucesión de actos. Hablar supone realizar funciones. Obviamente, pues, la teoría lingüística ha de constituirse en una parte de la teoría de la acción o, lo que es lo mismo, de la comunicación.

JAVIER LABORDA GIL

EL CONCEPTO DE ESTILO EN HERNÁNDEZ VISTA: SUS RELACIONES CON LAS PRINCIPALES DOCTRINAS ESTILÍSTICAS

Al hilo del tema del XII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, «Historia de la Lingüística», quisiera hacer una breve reflexión acerca del concepto de estilo en Hernández Vista en sus relaciones con las más importantes corrientes literarias y doctrinas estilísticas [1].

Como el propio autor confiesa en el prólogo de su obra, su doctrina estilística «nació de una inquietud y una prolongada insatisfacción ante las demás doctrinas precedentes y coetáneas». Pero inmediatamente se adelanta a advertir que ello no quiere decir que naciera «contra ni siquiera frente a, sino más allá de cuanto le precedía o estaba junto a ella, reclamando su propio derecho a la vida, sin someterse a dogmas ni de la Retórica, ni del Positivismo historicista, ni del Idealismo ni aun del Estructuralismo sobre el que se asentaba». Tenemos así magníficamente definidas por su propio autor las relaciones o vinculaciones con las principales doctrinas estilísticas. Veámoslas en un breve recorrido.

Con la primera doctrina con la que entra en contacto Hernández Vista, según propia confesión, es con la Retórica clásica durante sus años de escuela secundaria. La Retórica, esa «adquisición firme del mundo antiguo y *corpus* doctrinal, si desplazado por la actual lingüística, en absoluto reemplazado y, en palabras de A. Tovar, «único intento racional, lógico, para analizar la obra de arte» [2]. En ella se educa y de ella recibe el gusto por los buenos autores así como el espíritu observador. Pero la pretensión básica de la Retórica no era medir la obra literaria en sí misma considerada, sino la obra como *ars suadendi* y *bene dicendi*. A pesar de todo, la Retórica clásica es el momento nunca superado hasta nuestros días en que se describen las obras literarias, el intento más serio para analizar la obra, en palabras de Tovar. Pero el criterio no era lingüístico, sino lógico, y el fin no era el conocimiento de la obra en sí. De ahí que su repertorio de fórmulas convirtiera el buen estilo

[1] Cf. *Principios y estudios de estilística estructural aplicados al latín y al español*, de E. Hernández Vista, edición preparada por J. González Vázquez y publicada por el Secretario de Publicaciones de la Universidad, Granada, 1982.

[2] *Principios y estudios...*, cit., pág. 151 con cita de A. Tovar, *Lingüística y Filología Clásica. Su situación actual*, Madrid, 1944, pág. 19.